

## LA CAÍDA DE ANGOSTURA, VENEZUELA

Autor: Pablo E. Victoria Wilches (Historiador, economista, Ex Senador y Congresista de la República de Colombia)

Desde enero de 1817 Piar asediaba la ciudad de Guayana, o Angostura, y sin podérsela tomar, pretendía reducirla por hambre y desesperación. La ciudad de Angostura tenía casi dos kilómetros de largo sobre un promontorio al borde del Orinoco que la resguardaba de las crecidas e inundaciones. Sobre la margen del río había grandes mansiones hechas de piedra y estuco; tenían barandas y balcones que asomaban al gigantesco río. En general, era muy próspera y afortunada, pues el río es navegable en su mayor parte y, al desembocar en el Atlántico, establecía una ruta directa a los grandes centros de producción y comercio de América y Europa. La toma de la ciudad por los insurgentes iba a cambiar radicalmente su fisonomía, pues en las casas abandonadas de los grandes comerciantes se alojarían los nuevos prohombres de la república: Brión ocuparía la mejor casa y la hermana de Soublette, querida de Bolívar, la segunda mejor vivienda. Como quien dice, las casas abandonadas por sus antiguos moradores fueron de facto expropiadas por los nuevos amos de la insurgencia.

En efecto, Brión venía navegando río arriba con cinco flecheras de Margarita, cinco bergantines y tres goletas, acompañadas de la escuadrilla enviada por Bolívar a recibirlas. La flotilla española capturó tres flecheras, según entraron por la boca del río, ocasionando varias bajas al enemigo, que pronto reaccionó, presentándose un combate al arma blanca. Como el hermano del capitán Díaz había muerto en la primera refriega, Díaz emprendió una feroz venganza contra los españoles que cayeran en sus manos, degollándolos. Brión pudo entrar a la ensenada de Cabrián, con lo que la situación de abastecimiento de Angostura se agravó, pues ya el río había quedado totalmente taponado por los dos lados. Tanto, que a mediados de mayo, la última galleta que se comió en la plaza la compró el general La Torre por dos onzas de oro, quien empezó por distribuir un pedazo de tasajo y cuatro onzas de pan por persona mayor, según nos lo cuenta el capitán Sevilla. Los habitantes no pudieron hacer otra cosa que comerse el caballo del general, las babosas, los ratones, los gatos y los perros, y cuanta cosa viviente había en la ciudad; por último, el forro de cuero de los baúles y el cuero con pelos de las sillas de las cabalgaduras. Dice Sevilla: *«Los cueros que había en los almacenes y en los tinglados los guisábamos como mondongo, y aunque salía una composición como cola, nos la tragábamos con ansia. Agotado ya todo, echamos manos de los cueros de pelo y de los que servían de forro a algunos baúles. Esta clase de alimentos ponía a los hombres hinchados: se enfermaban además de disentería y de extenuación, y la mortandad que se declaró fue horrorosa»*. Y mucho más fue la desesperación cuando se comprendió que Morillo no venía a auxiliar la ciudad. Había puesto rumbo a isla Margarita a saldar cuentas con Arismendi. Estaba a punto de cometer el peor error de la guerra.

Dramáticos fueron los episodios que se vivieron en Angostura. Los insurgentes paseaban los ganados robados frente a las defensas de la plaza,

gritándoles, según también sabemos por Sevilla: «—*Venid mentecatos, venid a nosotros y saciaréis vuestro voraz apetito; entregaos y se os perdonará la vida y se os regalará... —Jamás, jamás, respondían los fieles guayaneses, la mayor parte negros y mulatos; mil vidas perderemos antes que ser traidores a S.M... Yo mismo vi a señoras principales macilentas, pero valerosas y leales a España, recoger en las calles, acompañadas de sus escuálidos y hermosos niños, las yerbas que brotaban por entre las piedras, para cocerlas y comérselas.*» ¡Qué lealtad a la única madre que tenía América!

La situación de hambre era tan trágica y desesperada, que el general La Torre, enflaquecido por las privaciones que había soportado como el último de los soldados, congregó el 15 de julio a sus militares junto con los paisanos de la ciudad y les dijo, cuando ya por docenas moría la gente de hambre y los cadáveres se apilaban en las calles: «*Señores, en circunstancias como esta conviene oír el consejo de todos los leales defensores de Guayana. Con hombres como vosotros, si tuviéramos qué comer, sostendríamos esta ciudad por España durante diez años, contra todo el poder de los rebeldes del continente. Pero contra un hambre de cuatro meses no hay héroes: ni Alejandro, ni César, ni Cortés, ni Napoleón, han conseguido luchar contra este enemigo interior, impalpable, que llevamos clavado en las entrañas como un cáncer mortal, que cada día se agrava más y nos va diezmando uno a uno. Señores, Guayana ha hecho todo cuanto cabe dentro del poder humano, por mantener en sus torres el pabellón español, a cuya sombra nació y fue feliz. No hay posibilidad de prolongar más una lucha con hombres que caen muertos de extenuación al lado de nuestros cañones. El problema que hay que resolver ahora es abandonar la plaza sin caer en las garras del enemigo. Ilustrad esta cuestión, que después que os oiga, yo resolveré, a fin de guardar el secreto, lo que crea más conveniente*». Entonces intervino el valiente militar Echevarría, diciendo: «*Mi brigadier, mi opinión es que nosotros los militares nos lancemos a los llanos, abriéndonos paso por entre las filas insurgentes. El río está bloqueado: no hay que pensar en él*».

Oído tal intercambio, se levantó de su silla un anciano y rico capitalista, que más envejecido y macilento por el hambre que por los años, le dijo al general La Torre, según también nos lo cuenta el capitán Sevilla: «*Señor brigadier, de seis hijos varones casados que tenía han muerto dos, uno de hambre y el otro de bala; los otros cuatro están con el fusil en la mano desde el principio del sitio, defendiendo los derechos del Rey; tengo cuatro hijas, dos casadas y dos solteras, cogiendo yerbas por las calles para mantenerse; ellas que tienen un padre rico en oro, pero sin un mendrugo de pan que ofrecerles a ellas ni a mis treinta nietecitos, pedazos del corazón. En caso análogo al mío se hallan todos los padres de familia de Guayana, pobres y ricos, blancos, indios y negros, que la miseria a todos nos niveló. Señor brigadier, ya el cementerio se ha tragado a la mitad de los habitantes de Guayana... si es forzoso abandonar nuestros hogares y caminar errantes en los llanos... lo haremos gustosos; pero es preciso que vayamos todos juntos: hombres, mujeres y niños, sin distinción entre militares y paisanos*». La anterior situación fue la que determinó que el 17 de julio, después de 7 meses de

feroz asedio, se decidiera evacuar la ciudad. Al día siguiente por la noche empezó la evacuación de la ciudad. Frenéticamente las gentes comenzaron a cargar los más necesarios enseres y montarlos en los buques surtos en el muelle. Muchos se excedieron, pues con ellos quisieron arrastrar muebles, ropas, objetos de tocadores, sombreros y efectos personales que, particularmente las señoras, se resistían a dejar. Informados de que tales objetos no podían ser transportados, se vieron precisados a dejarlos en el muelle, donde se acumuló una inmensa cantidad de elementos. Esta espléndida ciudad de unos 9.000 habitantes había quedado reducida a una fracción de lo que antes tenía; es decir, reducida a los que no habían huido o muerto en combate, pero que siempre estuvieron dispuestos a defender los reales fueros. Tomada la decisión de evacuar antes que perecer de hambre, la escuadrilla española se puso al servicio de transportar a todos aquellos infelices y famélicos habitantes y soldados, en número de 1.800.

Al día siguiente la plaza fue completamente ocupada por los republicanos y el 19 de julio los fugitivos anclaron en Guayana la Antigua. Pero este poblado tampoco ofrecía suficientes provisiones para alimentar a tanta gente; los niños lloraban de hambre; los hombres se desplomaban; las mujeres veían con lágrimas y llantos cómo sus hijos, ya cadavéricos, clamaban por comida y morían bajo los rigores de la hambruna. Entonces, sin alojamiento para tanta gente, las mujeres y los niños fueron dispersados por el poblado. Allí dismantelaron algunas piezas de artillería para dotar de defensa a los transportes y, todavía esperanzados en que Morillo aparecería por alguna parte, esperaron en vano hasta el 2 de agosto, tiempo durante el cual el enemigo volvió a marchar sobre las márgenes del río para tomarse la fortaleza. No había más remedio que seguir huyendo. Entonces el enemigo se lanzó sobre la ciudad e intentó detener el embarque haciendo nutrido fuego de fusilería, que fue repelido desde los buques y por la carga que, en últimas, dio el general La Torre.

Los buques españoles recibían el nutrido fuego de la ribera que destrozaba aparejos y velámenes. Los gritos desgarradores de las madres que arrojaban los cadáveres de sus pequeños al río eran realmente conmovedores. Pero no había compasión. Su único pecado era haber resistido del lado de España contra la fantástica democracia que venía. Un bergantín y dos goletas cayeron en manos del enemigo. Finalmente, y bajo una tormenta que los favoreció con fuerte viento del poniente, algunos barcos se dispersaron sobre los brazos del Delta del Orinoco y huyeron hacia Trinidad. Pero no todos, porque algunos se retrasaron y volvieron a entrar en combate, haciendo retroceder al enemigo.

Relata el capitán Sevilla: *«Tirados sobre la cubierta estaban revueltos hombres, mujeres y niños sin poderse levantar: sus pies, hinchados de comer cueros, sus ojos hundidos y sin brillo, los huesos de sus esqueletos dibujándose descarnados y horribles por encima de la piel amarillenta, sus dedos afilados y esa especie de idiotismo que trae consigo la extenuación, hicieron retroceder aterrado al médico inglés»*. Pero hasta allí fueron perseguidos por los corsarios, que no querían dejar vivo a nadie; y a no ser porque el gobernador inglés envió

nota al jefe enemigo de que aquellos infelices estaban ahora bajo la protección del pabellón inglés, buena cuenta habrían dado de ellos. A veces el enemigo tiene gestos humanitarios.

--0--